

## SEGUNDA PARTE

### ROMANCE I

#### LA RECEPCIÓN.

Entre un mar surcado apenas  
Y un mundo desconocido,  
Hernán Cortés, temerario,  
Manda quemar sus navíos.

Un puñado de valientes  
Contempla tanto heroísmo,  
Y cada cual se propone  
Volver al suelo nativo;  
Tornar á la patria un día,  
Pero de la patria digno,  
Ó perecer en la lucha  
Si no puede conseguirlo.

Arden las barcas, y el fuego  
Alumbra el mar cristalino,  
Reflejándose en las nubes  
Con brillante colorido,

Como una aurora de gloria  
Que anuncia, tras de un martirio  
Largo y penoso, felices  
Años en ventura ricos.

Y que los nombres de aquellos

Soldados esclarecidos,  
Vivirán eternamente  
Por los siglos de los siglos.

\*  
\*  
\*

Viniendo de Ixtápalapan,  
Pasado Mexicaltzingo,  
Coyohuacán y Mixcoac,  
En un punto en que el camino  
Se parte en dos, se detuvo  
Aquel ilustre caudillo  
Que un mundo arrojó valiente  
Á los piés de Carlos quinto.

Hernán Cortés, rodeado  
De un ejército mezquino  
En número, pero grande  
Por lo bravo y aguerrido,  
Recibió los parabienes  
De dos mil guerreros indios,  
Que en nombre de su monarca  
Salieron á recibirlo.

Todos esmeradamente  
Alhajados y vestidos,  
Pasaron ante sus ojos  
Humillándose sumisos,  
Tocando la tierra, y luégo,  
Besándose al punto mismo  
Las manos, que entre ellos era  
La ceremonia de estilo.

Terminado este aparato,  
Siguió su marcha el altivo  
Jeneral, y á media legua  
De Méjico tuvo aviso

De que el monarca de Anáhuac  
Ir á su encuentro ha querido,  
Para rendirle homenaje

Y admiración, de que es digno  
Hombre que así se rodea  
De tal fama, y tal prestigio  
Ha conquistado en sus vastos  
Y poderosos dominios.

En una litera hermosa,  
De cedro en labores rico,  
Y reforzado con planchas  
De plata y oro bruñido,  
Bajo un parasol que forman  
Cuatro abiertos abanicos  
De plumas rojas y verdes  
Sujetas con blancos hilos,  
Que en el vértice, entre piedras  
Que roban al sol su brillo,  
Tiene una águila afianzando  
Negra culebra en el pico,  
Apareció el rey de Anáhuac  
Con aire grave y tranquilo,  
Sofocando de su pecho  
El tumultuoso latido.

Más de doscientos señores  
Profusamente vestidos,  
Pero descalzos y andando  
Por los lados del camino,  
De respeto en señal, iban  
De tres nobles precedidos  
Que llevaban en las manos  
Tres barras de oro esculpido;  
De la majestad presente  
Para el pueblo claro indicio,  
Pueblo que á su rey seguía  
Sin penetrar sus designios,  
Como su rey temeroso,

Como su rey abatido,  
Y enclavados en el suelo  
Los húmedos ojos fijos.

Cuando cerca uno del otro  
Aquellos dos enemigos,  
(Que tal vez nunca lo fueron  
Según parece en los libros),  
Se avistaron, un instante  
Hirvió confuso el jentío,  
Cada cual buscando ansioso  
Mejor puesto y mejor sitio;  
Y aztecas y castellanos  
Admiraron su atavío,  
En tanto se detuvieron  
El rey y el soldado inclito.

Del brindón bajóse el uno  
Con muestras de regocijo,  
Y de la litera el otro  
Con el semblante tranquilo;  
Dejando mirar empero,  
En sus ojos, repentino  
Pavor que tras de los párpados  
Procura esconder solícito.

Que al ver tan de cerca al hombre,  
Héroe de tantos prodijios,  
Siente á su pesar que eriza  
Su cuerpo un escalofrío,  
Y que le tiemblan las piernas  
Y le zumba en los oídos  
Con acento pavoroso  
La voz de sus adivinos.

Y de Papantzin se acuerda,  
Papantzin que en el recinto  
De Tlaltelolco, aún asusta

Á los que muerta la han visto;  
Papantzin, que vive sola,  
Y que absorta en su retiro  
Ve realizado el sueño  
Que le embargó los sentidos.

\* \* \*

Cortés ante Moteuczoma,  
Gallardo, aunque conmovido,  
Hizo un saludo profundo,  
Y el monarca hace lo mismo;  
Cortés le cuelga en el cuello  
De grandes cuentas de vidrio  
Un engarzado rosario  
Que desde Europa ha traído,  
É intenta abrazarlo, pero  
Se le oponen los ministros;  
Que fuera gran desacato  
Esa muestra de cariño.

¡ Quién entonces les dijera !  
¡ Ay, quién les hubiera dicho  
Que ha de sujetarlo un día,  
No con los brazos amigos,  
Sino en oscuro aposento,  
Con eslabonados grillos !...  
¡ Quién entonces les dijera !  
¡ Quién se los hubiera dicho !...

El monarca con los ojos  
Le dió las gracias al ínclito  
Español, por esa muestra  
De afecto no permitido.

Y recompensa, riendo,  
Al obsequioso caudillo,  
Con dos collares de nácar  
Hechos con gusto exquisito,  
Del cual pendían algunos

Cangrejos de oro macizo,  
Del natural imitando  
Las formas y el colorido.

Después de breves arengas,  
En que se dieron recíprocos  
Parabienes por la honra  
Que al mirarse han recibido,

Se separaron entrambos,  
Tomando rumbo distinto,  
El uno asaz caviloso  
Y el otro asaz pensativo.

El rey, para dirigirse  
Via á su alcázar, seguido  
De sus nobles y guerreros  
Que le acompañan mohinos;

Y Cortés con Cuitlahuatzin  
Del rey hermano querido,  
Y que con los españoles  
Desde Ixtapalapan vino,

Hacia un cercano palacio,  
Murado y fuerte edificio  
Que supo admirar cual siempre  
Por lo grande y por lo limpio,

Y al cual entró con sus tropas,  
Con ellas envanecido,  
En medio de un populacho  
Que el aire aturde con gritos.

## ROMANCE II

### LA PRISIÓN.

Cortés estuvo seis lunas  
En Méjico, temeroso  
De traiciones y celadas,  
Que eran en número corto  
Sus tropas, y bien podía  
El rey, si cambia de modo  
De pensar, en un momento  
Exterminarlos á todos.  
Y un pensamiento concibe  
Que por lo atrevido, loco  
Parecióle algunas horas  
Á su espíritu celoso;  
Pero consultando luégo  
Con sus capitanes doctos,  
Se obstina más en su idea,  
Que en ellos encuentra apoyo,  
Y resuelve apoderarse  
De Moteuczoma, que es sólo  
El medio de estar seguro  
En lugar tan peligroso.  
Y va con sus compañeros  
Alvarado, Ordaz y otros,  
Y con Marina, la india,  
Que era el imán de sus ojos,  
Á palacio, y pide audiencia,  
Y obteniéndola, animosos  
Invaden la rejia estancia

Á poner su plan en logro;  
Plan gigantesco que puede  
De agudo delirio, aborto  
Parecer... empero tuvo  
Término breve y famoso.

Cortés despliega el primero  
Los labios, y en su socorro  
Llamando á toda su astucia,  
Comenzó á hablar de este modo :

— “Vengo, gran rey, á decirte  
Que tú vasallo el odioso  
Señor de Nauhtlan (funesta  
Nueva que adquirí hace poco),  
Sé que hostiliza á los míos  
En Veracruz, y que ha roto  
El juramento sagrado  
Que en tu nombre hizo á nosotros,

Matando á Escalante, jefe  
Denodado y valeroso  
Que pereció batallando,  
Á quien como hermano lloro.

Y pues que de tal suceso  
Te dan por autor, no á otro,  
Queriendo á mi soberano  
Cuenta cumplida dar pronto

Y satisfacción bastante  
De un agravio tan notorio,  
Vengo á saber tus disculpas,  
Y si por buenas las tomo. „

Al escuchar tales frases,  
Se alza el rey; miedo y enojo  
Pinta en su faz, y bajando  
Dos escalones del solio :

— “Mis enemigos te engañan, „  
Dice al fin con agrio tono :  
“Yo á mi palabra no falto,  
Y aquel atentado ignoro ;

Y si es el Señor de Nauhtlan  
Culpable, yo te respondo  
De que será castigado  
Como cumpla á mi decoro. ,,  
— “ No dudo, replica el héroe,

Que la calumnia á tu rostro  
Pretenda lanzar, inícuo,  
Negro baldón afrentoso;  
Por lo mismo yo pretendo,  
Para que conozcan todos  
La estimación que nos tienes,  
De perfidia sin asomo,

Y para que el rey mi amo  
Se satisfaga del todo,  
Que vengas á mis cuarteles  
Á vivir entre nosotros. ,,

Dos más escalones baja  
Moteuczoma, y clava absorto  
En Hernán Cortés, abiertos  
Enormemente, los ojos.

— “ Y ¿cómo quieres, le dice,  
Que sin degradarme, cómo,  
Me deje prender, hundiendo  
Mi dignidad entre el lodo?

Y si consiento, ¿tú crees  
Que abandonado á mi propio  
Me dejarán mis vasallos  
Prisionero entre vosotros?

Nada contendrá el torrente  
De su furia y de su encono,  
Y ayudados de los dioses  
Volarán en mi socorro!”

El español con acento  
Seguro y con gran aplomo,  
Atusándose el bigote,  
Le contesta de este modo:

— “ ¿Por qué ha de extrañar tu pueblo

Que nos des un testimonio  
De amistad? Si en mis cuarteles  
Vivió tu padre el glorioso

Axayácatl, es muy justo  
Que bajo el techo que mozo  
Te dió abrigo, determines  
Buscar tranquilo reposo;

Dando además una prueba  
Á tus pueblos numerosos,  
Del afecto que nos guardas  
Del corazón en el fondo,

Mas si es que intentan los tuyos  
Algo contra mí, no somos  
Débiles mujeres míseras  
Sin amparo y sin apoyo;

Armas tengo y brazos fuertes  
Y proyectiles de plomo,  
Y ¡vive Dios! que con ellos  
Sabré castigar su arrojó.”

Con faz color de ceniza  
El rey escuchaba atónito,  
Brotando sudor la frente  
Por cada uno de sus poros;

Y la vista revolviendo  
Con grandes muestras de asombro,  
La posa al fin en Marina  
Interrogándole absorto.

En este momento uno  
De los capitanes, rojo  
De cólera, y del buen éxito  
De la empresa temeroso,

Mirando que el rey vacila  
Y que su miedo es notorio,  
Dirijiéndose á su jefe  
Clama con acento ronco;

— “ Séllense ya nuestros labios,  
Válganos la fuerza sólo,

O que aquí pierda la vida  
Si nos conoce tan poco.”

Y dando claras señales  
De brío con aire torvo  
Golpeó la acerada diestra  
Del espadín en el pomo.

Torna el rey más azorado,  
Más pálido y tembloroso,  
Á interrogar á Marina  
Con los rayos de sus ojos,

Y esta le dice que acceda  
Á lo que piden, gustoso ;  
Que aquellos hombres son tercios  
Y están resueltos á todo.

Que acceda, y será tratado  
Como cumple á su decoro,  
Que en ello le iba la vida ;  
Que se resolviese pronto.

Y cedió bajo el impulso  
De un terror supersticioso  
Que há tiempo le han sugerido  
Papantzin y los astrólogos.

Juzgó ya llegado el tiempo  
De bajar del alto solio,  
Cumpliendo con el mandato  
De los dioses poderosos.

..

En litera y con la guardia  
De sus nobles, salió á poco,  
Y al cuartel del castellano  
Llegó conducido en hombros ;

Y en un oscuro aposento,  
Después de quedarse solo,  
Dejó que corriera el llanto  
Por sus mejillas, copioso.

## ROMANCE III

### EL COMBATE.

Cortés partió á Cempoala  
Donde estaba rebelado  
Contra él, Pánfilo Narváez  
Con ochocientos soldados ;  
Y Moteuczoma cautivo  
Queda en el ibero campo  
Bajo la ruda custodia  
Del capitán Alvarado.

Vencido quedó Narváez,  
Y sin dar al tiempo plazo,  
Tornó á Méjico orgulloso  
Del nuevo triunfo alcanzado.

Turbóse, empero, el contento  
De su pecho sobrehumano,  
Al encontrar á los suyos  
En grave apuro alarmados,  
Pues halló que los guerreros  
Y los nobles mejicanos,  
Sufrir más tiempo no quieren  
La prisión del soberano ;

Y halló que disperso en masas  
Hierva atroz el populacho,  
En azoteas y torres  
Y alrededor del palacio ;

Y á los españoles lanza  
No sin perjuicio y estragos,

El proyectil de sus hondas  
Y el golpe aleve del dardo!  
Combates hay día á día  
En las plazas y en los atrios,  
Y arroyos zanja las calles  
De sangre roja de bravos.  
En su encierro Moteuczoma,  
Desde un balcón enrejado  
En cotidianos combates  
Ve morir á sus vasallos;  
Y teme verlos vencidos  
En la lucha al fin y al cabo,  
Y que su reino y su trono  
Quede en poder de los blancos.  
Y...; qué tristes pensamientos  
Vinieron á fatigarlo  
Robándole el sueño dulce,  
La grata paz y el descanso!

\* \* \*

De las insignias reales  
Vestido, y grande aparato,  
En la azotea más alta  
De su prisión, rodeado  
De sus decanos ministros  
Y de un sacerdote anciano  
Á quien el pueblo venera  
Por su virtud y sus años,  
Apareció Moteuczoma  
Á su pueblo alborotado,  
Cuando en lucha formidable  
Aztecas y castellanos,  
Entre alaridos de muerte  
Y cantares de entusiasmo,  
Pelean con noble brío  
Y con denuedo bizarro;  
Cuando hispana artillería

Fuego vomita y espanto,  
Muerte y exterminio cunde  
Poblando de humo el espacio.  
Al ver al rey, cesa todo,  
Dóblanse frentes y manos,  
Y un hondo silencio reina  
Sin que ose nadie turbarlo.  
Entonces se oye el acento  
Solemne, sonoro y claro,  
Del monarca que un instante  
Pudo mandar á sus labios,  
Y exclamó:— ¡Súbditos míos,  
Nobles guerreros! si acaso  
Por afecto á mi persona  
Armasteis el fuerte brazo  
Y hostilizais á esos hombres,  
Sabed que son mis aliados,  
Y que en su cuartel gustoso  
Entre ellos la vida paso;  
Os agradezco el cariño  
Que me mostrais, y lo guardo,  
Y yo sabré dignamente  
Cual corresponde, premiarlo.  
Si provoca vuestra cólera  
Que el tiempo se haga ya largo  
De su mansión en mi reino,  
Pronto habrán de abandonarlo,  
Pues que me lo han prometido  
Y su palabra me han dado,  
Y cumplirán lo que ofrecen,  
Que son valientes é hidalgos.  
Cese así, pues, vuestro encono  
Y dejad de hostilizarlos,  
Y demostrad que sois fieles  
Al señor que habeis jurado  
Ciega obediencia; cayendo  
Si osais hacer lo contrario,

La cólera en vuestras frentes,  
De los dioses irritados.”

En silencio aún más profundo  
Los guerreros aztecanos  
Quedáronse sumerjidos,  
Pero sólo un breve rato;

Pues cual suele en la espesura  
Del monte escucharse airado  
El ronco rujir del mixtli (1)  
Que á su hambre no encuentra pasto,

Así se oye la voz ruda  
De Quauhtemotzin, que alzando  
Con brazo nervudo y fiero  
La visera de su casco,

Cubierto de sangre y lodo,  
Y sus miradas fijando  
En el augusto semblante,  
Clama con acento áspero :

—“¿Y tú eres el que nos hablas  
De esa manera, menguado?  
¿Tú el que baldonas mi estirpe  
De nobles antepasados?

¿Tú el cobarde, tú el que vendes  
La patria á viles extraños,  
Y el que por miedo se entrega  
Prisionero entre sus manos?

Deja que corra la sangre,  
Si no has sabido evitarlo,  
Y el débil huso y la rueca  
Maneja torpe entretanto,

Que mientras hilas tranquilo,  
Aquí la muerte esperamos,  
Y moriremos con honra  
Los que nacimos honrados.”

Y diciendo estas palabras

(1) León.

Asió tembloroso el arco,  
Del cual contra el rey al punto  
Partió una flecha silbando.

Como las aguas del río  
Al encontrar á su paso  
Cortada á pico, en las cumbres,  
La pendiente de un barranco,

Con ímpetu se desbordan  
Ondas tras ondas, rodando  
Sin que la corriente pueda  
Detener el curso raudo,

Así las hirvientes olas  
De aquel atroz populacho,  
De Quauhtemotzin al punto  
El torpe ejemplo imitando,

Se precipitan furiosas  
Contra su rey indignado ;  
Y de improperios y piedras  
Puebla al instante el espacio.

Y aunque el noble Moteuczoma,  
De dos rodela armado,  
Quiere defender el cuerpo  
Del furor de sus vasallos,

Recibe en la augusta frente  
Un golpe de honda, y airado,  
Al descubrirse, le clavan  
Aguda flecha en un brazo...

Se baña en su sangre, cae,  
De furia y de rabia pálido,  
Y en hombros de sus ministros  
Es conducido á su cuarto.

\* \* \*  
¡ Cunde la horrible noticia ;  
Tiembla el valor castellano ;  
El pueblo grita entusiasta  
Y sigue dando el asalto !



## ROMANCE IV

### EL DELIRIO.

Un solo instante aparece  
Tras de los montes la luna,  
Y el viento en torno á su frente  
Torvo nublado acumula.

Ni un astro errante en el cielo  
Con pálida luz fulgura,  
Y algo de fúnebre y triste  
La creación entera anuncia.

Ruje el aquilón. La noche  
Con densa, impalpable bruma,  
Ciudades, valles, montañas,  
En la lobreguez sepulta;

Y en el cuartel castellano  
Como siniestras y mudas  
Fantasmas, los caballeros  
Por los corredores cruzan.

Algunos de ellos sombríos  
Un triste lecho circundan,  
En una estancia pequeña  
Que tétrica luz alumbra.

\*  
\*  
\*

Sobre una estera de iczotl (1)

(1) Palma que crece en el monte, de tronco elevadísimo, con la cual se hacen aún hoy día, finas esteras.

De fino algodón y plumas,  
El infeliz Moteuczoma  
Delira con faz difunta.

Contra su pueblo insolente  
Imprecaciones murmura,  
Y nada más que á su pueblo  
Su horrenda desgracia imputa.

Siéntase de pronto atónito  
Sobre el lecho; se espeluzna,  
Y ve á Xóloe entre llamas  
Y entre torcidas columnas  
De humo denso, que le grita  
Y que lo llena de injurias;  
Y lo escarnece, riendo,  
Y de su dolor se burla.

—“Ya lo ves, Xóloe le dicé,  
Cuán bárbara y cuán injusta  
Fué tu sentencia; ya miras  
Que mi predicción te abruma.”

Y rie Xóloe; las llamas  
Por doquiera lo circundan,  
Y el duro artesón quemado  
Sobre él, al fin, se derrumba  
Con grande estrépido. Oye  
El rey un grito de furia,  
Que más que los aquilones  
Fiero en sus oídos zumba,

Y una imprecación satánica  
Que se pierde en la confusa  
Niebla de la triste noche,  
Como su conciencia, oscura.

Postrado en el lecho cae,  
De frío sudor la adusta  
Frente cubierta, y abriendo  
Los ojos, el agua busca,

La bebe y con torpe mano,  
Flaca pálida y convulsa

Quiere arrancar de su mente  
Las visiones que la turban.

En vano; la pesadilla  
Vuelve, y otra, y otras muchas;  
Sin que hallen término dulce  
Las penas que le atribulan.

Y el treinta del mes de Junio  
De quinientos veinte, á la una  
De la noche, dejó el mundo  
Del cual no gozara nunca.

Fué grande y fué poderoso,  
Y justiciero; lo juzga  
Así la historia, aunque hay alguien  
Que de inhumano lo acusa,  
Acaso; pero si injusto  
Fué, en situaciones algunas,  
También era con su suerte  
Crüel la ciega fortuna.

¿Quién es aquel que gobierna  
Y un instante no tributa  
Triste homenaje á la ira  
Que la razón sana ofusca?  
¿Quién, al llegar á las puertas  
De esa mansión, que es la última,  
No siente el pecho culpable  
Con fiero agujón que punza?...

\* \*  
\*

Cortés y sus capitanes,  
Al ver con pena profunda,  
Con las sombras de la muerte  
Velarse la frente augusta,  
Lloraron fin tan siniestro,  
Y fué aquel llanto la única  
Ofrenda al rejio cadáver,  
Sobre el polvo de la tumba.

## EL ULTIMO AZTECA

Á la memoria de mi padre el Sr. Lic. D. Juan Peón y Cano

### ROMANCE I

#### EL SITIO.

Hernando Cortés al frente  
De los españoles tercios,  
Diezmados por Cuitlahuatzin  
En una noche de duelo,  
Y con las huestes marciales  
De aquel tlaxcalteca ejército,  
Tan implacable en sus odios  
Y al Anáhuac tan funesto,  
Á Tenuchtitlán con grandes  
Y poderosos aprestos,  
Al anohecer de un día  
Le pone el último cerco.

Suena el tambor del teocali  
En tan solemnes momentos,  
Y su sonido los montes  
Repercuten á lo lejos:  
“Guerra,” difunden los aires,  
“Guerra,” repiten los ecos,